



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S. L. U.  
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón  
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón  
 Director General: Carlos Núñez Murias

Director: Miguel Iturbe Mach  
 Redactor Jefe: Santiago Mendive. Digital: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego. Opinión: José Javier Rueda. Política: Mónica Fuentes.

Economía: Luis Humberto Menéndez. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Fotografía: José Miguel Marco.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino  
 Comercializa: Blue Media Comunicación S. L.  
 Imprime: Impresa Norte S. L.  
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón S. L.

LA FIRMA | Por José Javier Rueda

# Europa: de 1917 a 2020

La película '1917', de Sam Mendes, nos recuerda que el devenir de la vieja Europa es un relato de guerras, fracturas y calamidades. Hoy, a despecho del resurgir nacionalista, la mayoría de sus ciudadanos nos sentimos europeos y queremos preservar la paz

Ha querido la casualidad que coincidan en el tiempo la salida del Reino Unido de la UE y la muerte, en la británica y universitaria Cambridge, de George Steiner (París, 1929), uno de sus más ilustres habitantes y gran defensor de Europa. Son dos hechos aislados, pero que están íntimamente relacionados, porque, como escribió Mario Vargas Llosa, a este erudito políglota lo atormentaba la supervivencia de lo que llamaba la 'pesadilla de la historia europea': los odios étnicos, el chovinismo nacionalista, los regionalismos desaforados y la resurrección, a veces solapada, a veces explícita, del antisemitismo.

El profesor judío, que recibió en 2001 el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, consideraba al Viejo Continente como crisol de una aquilatada cultura humanística. Por eso se esmeró en definirlo sobre cinco parámetros.

Primero, Europa es un café repleto de gentes y palabras, donde se escribe poesía, se conspira, se filosofa y se cotillea. Desde el café favorito de Pessoa en Lisboa hasta los cafés de Copenhague ante los cuales paseaba Kierkegaard, todos encarnan la noción de entendimiento y comunicación.

La segunda señal de identidad europea es su geografía a escala humana, hecha a la medida de los pies. Muy diferente a la norteamericana, de largas carreteras para coches. Por ello, la cartografía europea tiene su origen en la capacidad de andar del ser humano, como el viajero que peregrina a Santiago de Compostela.

El tercer rasgo es el de poner a las calles el nombre de grandes estadistas, científicos y artistas, algo inconcebible en EE. UU. De este modo, ciudades como Zaragoza, Madrid, Roma, Viena o Praga son crónicas vivientes.

La cuarta credencial de Europa es que sus raíces están simultáneamente en Atenas y en Jerusalén; es decir, en la razón y en la fe.

La quinta señal de identidad europea, según Steiner, es la más inquietante: es la conciencia de la autodestrucción, del final de etapa, de la crisis de una civilización que se hundiría bajo el paradjico peso de sus conquistas.

Y lo cierto es que la UE está superando en la actualidad la recesión más grave desde la II Guerra Mundial y empezando a digerir el

divorcio de uno de sus más significativos miembros. Pero, ¿alguien se imagina ahora que alemanes, franceses, ingleses, españoles... volviésemos a las armas para solucionarlo? ¿Alguien piensa que es posible otra guerra continental como las de 1914 o 1939?

Hoy, la mayoría de los ciudadanos nos sentimos europeos, queremos preservar el Estado del bienestar, la calidad de la vida, nuestra cultura y, sobre todo, la convivencia pacífica. Como Ortega y Gasset, creemos que Europa es la solución. Y para preservar este legado, Steiner nos recomendó que no volvámos a sucumbir a guerras intestinas, que preservemos nuestra diversidad cultural y lingüística, y que pongamos coto al ordenador, la cultura del populismo y

**«A medida que Europa retrocede hacia el nacionalismo, haríamos bien en recordar los innumerables tesoros de nuestra civilización compartida»**

el mercado de masas, males todos ellos provenientes del mundo anglosajón y en particular de Estados Unidos. No obstante, era pesimista, sobre todo por la uniformización cultural por lo bajo a consecuencia de la globalización. Y para ilustrar la banalidad y vulgarización de los productos culturales de consumo, recordaba una anécdota: «En una encuesta reciente, entre los diez ingleses inmortales estaría en primer lugar (y con gran ventaja) Beckham, y en el quinto puesto Shakespeare».

En los años treinta del pasado siglo, los alemanes querían ser alemanes, los franceses ser franceses, los italianos ser italianos... Solo los judíos aspiraban a ser europeos, escribió este resabiado polímata renacentista. Fueron necesarias la II Guerra Mundial y el Holocausto para que las naciones de Europa se dieran cuenta de las virtudes de esta identidad común. A medida que Europa y los demás continentes retroceden hacia el nacionalismo egoísta, haríamos bien en recordar este legado y los innumerables tesoros de nuestra civilización compartida.



F. P.

EN NOMBRE PROPIO

Vicente Pinilla

## Que inventen ellos

Pocas personas, y menos los políticos con altas responsabilidades, se atreverían hoy a manifestar su acuerdo con esta frase con la que Unamuno sintetizó en 1906 su escepticismo hacia la posibilidad de que España se convirtiera en un país de vanguardia en la ciencia moderna. El mismo año recibió nuestro Cajal su premio Nobel, lo que parecía desmentir aquella afirmación. Ha habido importantes progresos desde entonces, pero todavía sentimos que hacemos menos de lo que podríamos y que lo que hacemos se basa, en gran medida, en el voluntarismo y el esfuerzo de la comunidad científica, con menos medios y compromiso público de los que debería tener.

La inversión pública en I+D+i es muy pequeña si la comparamos con la de otros países de nuestro nivel económico, y la inversión empresarial, aún más raquítica en términos comparativos. Los compromisos de las distintas administraciones tienden a no ser respetados por las sucesivas. Las convocatorias de los planes nacionales y autonómicos son irregulares y con criterios cambiantes. La comunidad científica, de buen nivel, muy comprometida y con jóvenes muy bien formados, la mayoría con estancias en el extranjero, se siente desamparada y desanimada. Hace falta un cambio radical. Hay que elevar sustancialmente los presupuestos públicos en investigación, fraguar consensos transversales para sostener políticas coherentes al margen del ciclo político, reforzar el sistema de ciencia y tecnología, y, en definitiva, creernos que podemos ser vanguardia, y que nunca hemos estado tan cerca de conseguirlo.

Catedrático de Historia Económica (Unizar)

CON DNI

Javier Usoz

## Indentidades puras

Cuando mi hijo fue a saludar a los Reyes Magos después de la cabalgata, vio que en esa ocasión no se le estrechaba la mano, sino que se besaba piadosamente una figurita del Niño Jesús, ofrecida con candor por uno de los monarcas a los infantiles labios. Como este gesto de devoción no le era familiar, el niño desistió del ósculo y se retiró de la fila algo desilusionado.

La anécdota anterior es una muestra ligera de que una institución que afila sus esencias diferenciales renuncia a su carácter integrador. Así, las ceremonias de bodas y funerales, por ejemplo, no cumplirían su actual función social, si se obligara a quienes asisten a mostrar fervor religioso. De igual forma, en otros ámbitos, los actos en favor del medio am-

biente, de los derechos de los animales o de determinados colectivos, perderían mucho respaldo si para participar en ellos hubiera que tener placas solares en casa, alimentarse solo de vegetales o ejercer una concreta orientación sexual.

Hay quienes quieren que las identidades puras protagonicen el espacio público, en detrimento de las expresiones más laxas y abiertas. Y ya ha sucedido que a un profesor de filosofía se le ha impedido dar una conferencia universitaria sobre transexualidad, por no ser él transexual. En general, entiendo que las señas de identidad colectivas son valiosas para no desasirse del mundo y tratar de darle un sentido a la existencia, pero pueden ser muy dañinas cuando se imponen y se extralimitan. Pienso así incluso de la tolerancia y de la libertad de pensamiento, principios sociales de los que yo personalmente nunca tendría bastante.

jusoz@unizar.es